

LA SOFÍSTICA MODERNA

Mi querido amigo:

Le agradezco su carta y la noticia que en ella me da, de que usted tiene ya formadas sus opiniones y puedo, por tanto, hablar con entera libertad. Como modo de alentar, ciertamente es peregrino; sin embargo, aprovecharé su cortesía para volver sobre el tema de que ayer tratábamos.

La filosofía parte, según se ha dicho, de un principio, o mejor, de dos: *Existe algo y es posible el conocimiento*. Este es el presupuesto filosófico; luego se pasa a estudiar *cómo se conoce y qué es lo que existe*.

La sofística parte de mil puntos, pero por cualquier camino llega a negar o la existencia del ser o la posibilidad de su conocimiento, esto es, a negar el fundamento de la filosofía.

La existencia, tanto del ser como del conocimiento, la filosofía no la demuestra, como el físico no demuestra la existencia del mundo, y ninguna ciencia, su objeto. Y así manda la razón. Es evidente que a no existir el mundo no habría física, ni astronomía si no se viesen astros en el cielo: el hecho mismo de haber una ciencia de la naturaleza, prueba la existencia de esta última.

Los que no admiten o el ser o el conocimiento, dice Aristóteles, lo hacen, ya por amor de disputa, ya por inexperiencia. La inexperiencia y la poca práctica en la dialéctica, continúan las causas de que se pretenda la demostración del principio. *Ahora bien, el principio no se demuestra, pues para hacerlo se necesitaría otro principio lo que sería ir a lo infinito*.

La geometría empieza, v. gr. por el axioma de que *el todo es mayor que sus partes*, y este axioma no lo demuestra, ni lo podría.

Quienes hablan por amor de disputa, continúa Aristóteles, quieren ser persuadidos por medio de la fuerza y que se les obligue a creer, y esto no es posible. Negado el principio, queda suprimida toda demostración y refutación, cosa que la sofística no puede ignorar. Como no anima al sofista el amor a la verdad, sino más bien el odio, nada le importa que se le acuse de violar las leyes de la dialéctica.

La realidad del ser y la posibilidad del conocimiento no deben demostrarse, sino darse y tomarse como supuestos necesarios. Y son principios verdaderos, es decir, tales que no hay otro anterior, por cuanto la filosofía es la ciencia de la razón y ésta tiene por límites dichos principios, que la separan de la locura.

En la vida práctica, quien estuviese de veras persuadido de que nada existe o nada se puede conocer, sería juzgado loco; pero lo que es locura en la vida lo es también en filosofía, y, por consiguiente, quien define la filosofía: "una locura", no tendrá, a buen seguro, por qué avergonzarse de tal definición.

"Dudan, dice Aristóteles, si será verdad lo que se ve en sueños o lo que se ve despiertos; pero no dudan de veras, pues si están en África y sueñan hallarse en Atenas, al despertar no suben al Areópago". Semejante incertidumbre no existe, pues, sino para el loco.

Algo de tales dudas se pretendió encontrar en el mismo Homero, quien, al referirse a Héctor, delirante por la herida recibida, dice que "hablaba cosas de otra sabiduría", de una sabiduría distinta de la común. Es decir, que para Homero el loco no estaría equivocado, sino que sólo vería las cosas bajo un aspecto diverso del común.

El filósofo, pues, pide como principio lo que, sin declararse loco, no se puede negar. Siendo su tarea la de aplicar el conocimiento e investigar la naturaleza del ser, si negara el uno o el otro o entrambos, volvería imposible el continuar, y la filosofía moriría antes de nacer.

También Descartes, me dirá usted, busca un principio de inmediata evidencia. Es cierto, pero ese principio no es el de la filosofía. Con su *cogito, ergo sum*, da como supuesta *la exis-*

encia individual y la conciencia de tal existencia, pero no la existencia de algo fuera del yo y la posibilidad de conocerlo. Así que, después de haberse encerrado en sí mismo, sólo le fué posible salir del encierro con recursos tan mezquinos como ridículos.

Pienso, luego existo: primer punto. “¿Y por qué creo?” Porque la idea es clara, y he aquí una entidad nueva: la idea clara. La certidumbre de que quien piensa tiene que existir, es un sentimiento, nace de la conciencia, no es una idea: no me obliga a creer en mi existencia el nexo necesario entre pensar y ser, sino el sentirme, es decir, el sentir que soy.

La idea clara, su vara mágica, le ayuda a dar otro paso: también tengo de Dios una idea clara; luego Dios existe. Sin embargo, mucho antes que de Dios, tenía Descartes la certidumbre de la existencia del mundo interior; y, si no, ¿por qué se esforzaba en llegar a ella? ¡Cómo es pueril todo esto! ¡Y diez y ocho siglos después de Aristóteles!

Pero para clasificar a Descartes entre los sofistas (aunque sofista inocuo, si no le hubiese hecho tan dañino la decadencia del pensamiento en su edad), basta el hecho de que, si admite la existencia, no admite la de una realidad exterior; no la admite, digo, cual indemostrable por su evidencia, como ha de ser, sino por falta de razones. Es este un artículo de fe que el filósofo no puede tocar sin cesar de serlo, al alistarse con los sofistas en el ejército de la locura. Kant — y de los especuladores alemanes basta un botón, — es sofista porque niega el segundo principio, el conocimiento de lo real. Ya veremos cómo.

Si mis palabras le suenan a usted algo ásperas, mi querido amigo, haga una suposición: imagine usted que uno de estos pseudofilósofos entre por azar en un laboratorio químico, y dígame usted cuál acogida le dispensarían si preguntase al químico con qué derecho cree experimentar sobre la materia y los cuerpos, no estando seguro de la existencia ni de la una ni de los otros. ¿Por qué a ninguno de estos filósofos se le ocurrió emprenderla nunca con las ciencias naturales? Sin embargo, cada día se anuncia una nueva ley de la naturaleza; antes bien, el concepto de la necesidad de tales leyes se vuelve tan común, que es parte de la conciencia de todos.

La magia que se lisonjaba de poder más que las leyes naturales, que se fingía una naturaleza adaptable a nuestros deseos, ya murió: era la sofística en las ciencias naturales, pues se ha visto que el sueño del sofista es suprimir toda necesidad exterior, para arreglar el mundo según su capricho. En las ciencias naturales, por consiguiente, la sofística ha desaparecido: ¿por qué sigue manteniéndose en la filosofía? El daño está en que en ella cuesta algo más reconocer la verdad. Pero ya hablaremos de eso otra vez.

*«Nosotros», febrero de 1912, con
el seudónimo Hans Friedrich*
